

se, rechazándose como las oleadas en la tormenta; era un lago de sangre, un monton de despojos, de cenizas, de ruinas, un cáos. Estremecimiento causa solo el pensar en lo que hubiera sido de la sociedad europea, si la Providencia que en su indignacion habia querido afligirla con tamaña catástrofe, no hubiera cuidado oportunamente del remedio, difundiendo y arraigando de antemano la Religion cristiana, que al paso que fuera un alivio y consuelo en los males presentes, mostrara en lejano porvenir una aurora de esperanza.

Todo el saber humano habia desaparecido, y la Religion cristiana tenia en sus libros y tradiciones el precioso depósito de la mas profunda sabiduría: la historia se hundia en el olvido, la barbarie combinada con la diversidad de ideas, lenguas, y costumbres, abria un abismo, que habia de separar á los pueblos venideros de los pueblos antiguos, y la Religion poseia un Libro, y un Libro que no podia soltar de sus manos, y en él se encerraba en breves páginas la historia del mundo: la rudeza mas grosera y feroz, levantaban á la civilizacion y cultura una valla insalvable, y la Religion, con la continua pública lectura y esplicacion de los Libros Santos, desplegaba ante los ojos de un pueblo asombrado, aquellos magníficos cuadros, donde resplandece en toda su riqueza y ostentacion, la pompa de las costumbres orientales: y mientras la crueldad mas brutal, amontonaba por doquiera ruinas y víctimas, ella inspiraba lenta, pero eficazmente, la suavidad,

la mansedumbre, la nobleza, la dignidad y la ternura de sentimientos; ora haciendo resonar los robustos acentos del harpa de David, ora los plañidos de la vírgen de Sion, ora la formidable trompa de los profetas, tronando en nombre del Omnipotente, y amenazando con terrible venganza, al cruel, al opresor, al injusto.

Las ideas de Dios, del hombre, y de la sociedad, hallábanse oscurecidas, adulteradas; y ella las presentaba puras, grandes, luminosas: ya no era Dios una pasion divinizada, un emblema de la fecundidad de la tierra, el ecsagerado retrato de un conquistador, ó de algun inventor ingenioso y benéfico; era un Ser eterno, infinito, cuya palabra crió el mundo, cuya sabiduria le gobierna, y cuya voluntad le conserva: el hombre tan despreciado, envilecido, atropellado por otro hombre, y considerado hasta entonces como una mercancía vil, era á los ojos de la Religion, una criatura de tanta dignidad, que sobre ella estaban fijas las miradas de todo el cielo, como á objeto que era de inefables designios, de incomprendible dignacion del Altísimo: y la sociedad que antes era un monopolio cruel, una ensangrentada arena, donde unas manadas de esclavos, degollaban á otros esclavos, era esplicada por el Cristianismo, como una reunion trabada con fuertes y suavísimos lazos, que arrancaban del mismo cielo, regida por la justicia, endulzada por el amor, y encaminada al bienestar, y á la felicidad de todos los hombres.

En tiempos regulares, cuando encaminada la sociedad por un carril determinado, bastan aquellos influjos suaves que semejan al impulso necesario para mantener el movimiento, podria ser bastante la propiedad que asegurase estabilidad é independencia; pero si así no fuere, si fuere menester variar enteramente el rumbo de la sociedad, ora empujándola con fuerza hácia diferente direccion, ora oponiéndose de frente á su perniciosa carrera, entonces no bastaria la sola propiedad; se necesitaria propiedad abundante, porque no fueran suficientes la estabilidad é independencia, sino que seria necesaria ademas mucha robustez, un gran caudal de fuerza.

Esto, y nada menos que esto, tuvo que ejecutar la Religion cristiana; por consiguiente la Iglesia, por consiguiente sus ministros. Amansar y suavizar costumbres feroces, enfrenar, sojuzgar un orgullo terrible por su brutalidad, encrudecido con el combate, y engreido con la victoria, desarraigar y estirpar ideas supersticiosas y groseras, pulir hábitos rudos, desterrar usos inveterados, poner diques á la violencia y escesos del poder, contener la bárbara furia de los pueblos, alumbrar, organizar, crear, bajo todos aspectos, por todas partes, en todos sentidos; en todos ramos; y esto, no pudiendo aprovecharse en casi nada de las ideas y costumbres de los vencedores, sin que al menos no le fuera preciso enmendar, enderezar, refundir; pudiendo servirle en poco los restos y recuerdos de

la civilizacion antigua, flaca como á caduca, peligrosa como á gangrenada, y ademas hecha pedazos y casi aniquilada por el recio ataque que acababa de sufrir; y sobre todo importuna é inaplicable, como á cimentada sobre otros principios, regulada sobre distinta norma, encaminada á otros fines, é ideada para pueblos muy diferentes en carácter, ideas, costumbres, hábitos y demas circunstancias: he aquí la colosal empresa que acometió la Iglesia; he aquí lo que llevó á cabo con sabiduría, con vigor, con energía admirable; y he aquí cómo acarreó un inmenso beneficio con la misma abundancia de sus riquezas; pues que con ella no solo disfrutó estabilidad é independencia, sino que pudo adquirir toda aquella fuerza inmensa que necesitaba para ejercer una accion tan fuerte, tan viva, tan duradera; pues que con esta abundancia quedó erigida, constituida en un verdadero y robusto poder social y político, tal como le era necesario para llenar el grande objeto que sobre la sociedad se habia propuesto.

A un observador profundo, á uno de esos pensadores que conocen que una civilizacion no se improvisa con un discurso oratorio, y que el asentar la sociedad sobre sólida basa, y el darle luego la debida organizacion, ecsige harto mas tiempo y trabajo que la redaccion de un escrito, ha de serle muy grato el estudiar, cómo se elaboraban trabajosamente las sociedades modernas en medio de tiempos de tantas tinieblas, azares y trastornos. Asis-

tiendo á esta grande operacion social, no con aquella impaciencia de quien aguarda la conclusion de una munufactura, sino como quien presencia una de las grandes funciones de la naturaleza, la cual para la produccion de sus mayores obras, echa siempre mano de una sábia combinacion de causas, sazónada con porcion considerable de tiempo, descúbrense cuál juegan un sin número de influencias para preparar á la sociedad europea dias de mas órden y regularidad, preludio de otros de mas brillo, grandeza y ventura; y es notable que las riquezas del clero, hasta en su misma abundancia, figuran como uno de los elementos mas suaves y lentos, y al propio tiempo mas poderosos y eficaces.

Entre pueblos errantes y feroces, que acabando de salir de sus enmarañadas selvas, llevan al través de inmensas distancias sus tiendas y familias, que se precipitan como un torrente sobre los países que mas les agradan, arrojando de allí á los antiguos moradores, cuando no los reducian á la esclavitud, ó no los sacrificaban á su crueldad; poco significado podian tener las palabras de razon, de derecho, ni justicia; y acostumbrados á adquirir por la fuerza, á poseer por violenta ocupacion, y á conservar por medio del combate, la propiedad habia de ser para ellos un nombre vano, porque mal se formará de ella una idea, quien no conozca otros títulos que la conquista, otra ley que la guerra, otro derecho que la punta de la lanza, ni otra garantía que el esterminio. Para combatir

disposiciones tan funestas, hacer que les sucedieran otras mas racionales, y preparar, por decirlo así, el terreno á recibir la semilla de la organizacion y adelanto social, era del todo necesario el que se procurase esparcir por todas partes una idea importante, capital, como que entra necesariamente en la misma idea de las sociedades: hablo de la *propiedad*.

Bien se echará de ver que en la época á que nos referimos, debian de surtir escaso efecto la enseñanza y las amonestaciones, si no anduviesen acompañadas de medios que contribuyeran á hacer palpar la verdad é importancia de las doctrinas, y lo saludable de los consejos; de medios, que realizando á los ojos de los bárbaros un órden de cosas para ellos nuevo, los aficionasen insensiblemente á tantear otro método de vida, en que alcanzaran mas tranquilidad y mas dicha.

El primer paso que en este camino debia darse, era comunicar á los pueblos conquistadores la inclinacion á la vida agrícola, pues que alcanzando este objeto, se tenia ya lo que es de todo punto indispensable para que un pueblo numeroso pueda asegurarse medios de subsistencia, y que ademas es muy á propósito para estirpar la barbarie, y allanar la carrera de la civilizacion.

Una vez tomada por un pueblo la aficion á la agricultura, cobrando apego al país que le proporciona alimento y regalo, pierde en consecuencia el gusto de la vida errante, de guerra continua, de cor-

rerías y pillage; téplase poco á poco la primitiva fiereza, sucediéndole las costumbres mas suaves y pacíficas; siéntese las ventajas de una vida quieta y sosegada, y la necesidad de estrechar los vínculos con los demas, al menos para la comun defensa; nace entonces el amor y respeto á la propiedad, y esto sugiere naturalmente la idea de un poder protector que vele por reprimir á los díscolos del pais, y repeler las violencias de los estraños; é influyendo el mismo tenor de esa clase de vida al desenvolver sentimientos dulces, mejóranse las relaciones de familia, créanse la de paisanage, estiéndense las de parentesco, y afirmándose, ensanchándose, y regularizándose unas y otras, se va urdiendo la gran tela formada por el vasto y admirable conjunto de las relaciones sociales. ¿Y cómo podia mejor lograrse este objeto, que formando entre los mismos bárbaros grandes establecimientos agrícolas pertenecientes al dominio de la única clase que habia alcanzado inspirarles respeto, que habia ganado sobre ellos poderoso ascendiente? ¿no era esto esparcir una semilla que con el tiempo no podia menos de ser muy fecunda?

En tratándose de conducir á un pueblo por caminos para él inusitados ¿no conviene ante todo ir formando á propósito sus hábitos? y estos hábitos ¿pueden acaso engendrarse y crecer de modo mas eficaz y suave, que poniendo de continuo á la vista el ejemplo que arrastre, el estímulo que incite, el cebo que brinde?

Aun hay mas, y sobre este punto llamo muy particularmente la atencion de los lectores: la Religion cristiana entraña de tal manera el espíritu de amor y de beneficencia, que en todos tiempos y paises ha desplegado en esta parte un carácter, que la ha distinguido siempre de todas las otras religiones. Y no es que por otras religiones no se haya enseñado tambien de algun modo la beneficencia, no que dentro de nosotros no ecsista tambien de ello alguna semilla; pero darle aquella energia y eficacia que alcanza á grandes beneficios para la humanidad, esto ha sido reservado á la Religion cristiana.

Hay en nuestro corazon, y esto no puede dudarse, hay en nuestro corazon un sentimiento innato, vivo, indeleble, que con impulso vehemente nos lleva á socorrer las desgracias de nuestros hermanos; y la Divina Providencia tan admirable y profunda en sus designios, como en trazar á las criaturas el sendero por donde quiere encaminarlas, ha vinculado con alta sabiduría ese sentimiento fraternal, con una verdadera pena que brota en nuestro pecho á la sola vista del infortunio; pena, que al paso que sirve de permanente estímulo para los corazones virtuosos, es tambien un castigo, un recuerdo mordedor para aquellos que se esfuerzan en embotar los dulces sentimientos que les ha inspirado la naturaleza. Pero por mas admirable que sea este sentimiento; por mas alto que reconozcamos su origen, saludables y nobles sus fines, una esperiencia

Para que nada faltase, no se limitaba la Religión á la mera enseñanza; sino que mostraba en la Iglesia, un tipo de una sociedad admirable, donde podían los hombres ver realizado en la práctica, lo que habían aprendido con la doctrina; y cuenta, que la esposicion de este bello tipo á la vista de los pueblos, debía serles altamente provechosa; porque la historia, de acuerdo con la esperiencia de cada día, nos atestiguan, que así como los grandes escándalos, nunca pasan sin acarrear daño, así los grandes y saludables ejemplos, no pasan tampoco sin dejar provecho. Un poder fuerte sin despotismo, y suave sin debilidad; una administracion rígida, vigilante y severa; pero sin opresion, sin violencias, sin vejaciones de ninguna clase; leyes recomendables por la madurez, que acompañaba la deliberacion, sazoadas en todas sus partes con la prudencia y cordura, preñadas de sabiduría y prevision, y acomodadas á la variedad de tiempos y paises; leyes templadas con razonable indulgencia en consideracion á la debilidad del hombre; pero dotadas de la necesaria firmeza, para poner dique á las pasiones y caprichos, armadas de saludable rigor, para hacerse respetables, pertrechadas de escudos que impidiesen la infraccion, y rodeadas de atalayas, que celasen su observancia; he aquí el tipo ofrecido por la Iglesia: ahí está la historia, leed, y vereis que no ecsagero.

Asentados estos hechos, tan incontestables como luminosos, échase de ver, que todas las semillas,

de civilizacion y cultura, todas las esperanzas de los pueblos, se hallaban encerradas en manos de la Iglesia; siendo notable, que todas las preciosidades que habia elaborado el trascurso de muchos siglos, y que pudieron salvarse del primer ímpetu de la furiosa avenida, todas se habian refugiado á la sombra de la Religión, todas se amparaban en el asilo de la Iglesia. Es ciertamente tan curioso y digno de observacion, como poco reparado, éi singular é inestimable beneficio, que á la sazón proporcionaban á las letras, á las artes, y sobre todo á la humanidad, aun aquellos dogmas que, al parecer de muchos, debian de ser menos conducentes á este propósito: el culto de los santos, la veneracion debida á sus sagrados restos, la inviolabilidad de los templos del Señor, todo se combinaba admirablemente, para detener el hacha levantada ya para derribar y herir; y mientras nadie osaba oponerse á aquellos hombres feroces, ávidos de arrasar monumentos, y tronchar cabezas, presentábanse á ellos con santa y generosa osadía, los Papas, los Obispos, los Sacerdotes, los Cenobitas; mostrábanles los sagrados títulos de la mision recibida del cielo; y al paso que reclamaban con energía, la conservacion y el respeto, en pro de cuanto llevaba el sello divino, protegían, al mismo tiempo, la vida del hombre, la honra de la esposa, el pudor de la vírgen, y salvaban de total ruina, los restos de la antigua civilizacion y cultura.

En la actualidad, cuantos se precian de inteligen-

tes en la filosofía de la historia, están ya acordes en rechazar como calumniosa y absurda, la tacha de antisocial, con que algunos declamadores y sofistas del pasado siglo, se habian empeñado en afeár la Religión cristiana; siendo ya cosa asentada como cierta, que si la Europa alcanzó á salir del caos, y si ha podido ver con asombro, cuál brotaban de en medio de tan espantosa confusión, tantas naciones, tan grandes, tan ricas, tan florecientes y lozanas, todo lo debe á la Religión cristiana. Ahora, el odiarla por sistema, el perseguirla con encarnizamiento, el frenesí de borrar su sello, y derribar todos sus monumentos, es no solo una injusticia, y un crimen, y barbarie, sino tambien un verdadero anacronismo; y desgraciadamente, nosotros acabamos de presenciarle.

Ya que esta Religión divina era el elemento poderoso y benéfico que habia de rejuvenecer, ó mas bien á reengendrar á la sociedad, y como quiera que no es la Religión una teoría científica, encerrada en los límites de una escuela ceñida á ilustrar, propagando las doctrinas por medio de la enseñanza; sino que está realizada, y hecha sensible en la sociedad llamada Iglesia, la que tiene un cuerpo de ministros para ejercer sus funciones, y llenar sus miras, infiero yo de aquí, que el influjo, el ascendiente de estos ministros sobre el ánimo de los pueblos, fué un hecho, no solamente muy saludable y provechoso á la sociedad, sino tambien muy natural, muy necesario, enteramente inevita-

ble: el saber, la virtud, la enseñanza y el consejo, es un conjunto tan precioso, que quien le reuna puede estar seguro de inspirar respeto y veneración, y de alcanzar influjo y deferencia; y el consuelo en las aflicciones, y el alivio y remedio en los grandes males, son beneficios sobrado dulces al corazón humano, para que dejen de grangear á quien los dispensa, el amor y la gratitud de los favorecidos. Así ha sido siempre, y así será, en no trastrocándose monstruosamente la naturaleza de las cosas.

Colocado el observador en este elevado punto de vista, ve desplegarse ante sus ojos, un espacioso terreno, donde descubre clara y distintamente un sin número de abundantes manantiales, de que debieron brotar á porfía las preeminencias, los privilegios, los honores, la consideración, el influjo en todos sentidos, de que se halló colmado el clero; y entonces se pregunta á sí mismo ¿qué quieren decir esas violentas invectivas, contra los abundantes bienes con que se quedó enriquecido? Dadas tales circunstancias, ¿podía acaso suceder lo contrario? ¿no hubiera sido una monstruosa anomalía? ¿Qué filosofía es esta tan maligna, que á trueque de poder derramar su bilis contra una clase respetable, echa por cualquier atajo, aunque sea forcejando contra el curso natural de los hechos?

Gracioso además es ver, cuál se presenta como resultado de una conspiración vasta y profunda, lo que no es mas que el producto necesario de una combinación de circunstancias, en cuyo centro apa-

rece el clero, con tantos títulos de honra, de prez y de gratitud: risa mueve á todo hombre esperto y entendido, el oír esos afectados plañidos, de que saliera jamas la Iglesia, de aquella primitiva pobreza, que formaba su mas bello ornamento, y su mas seguro preservativo contra la ambicion y la codicia; de que olvidara aquel entero desprendimiento de todos los negocios temporales en que viviera en los primeros siglos; indignacion causa el notar cuál se escarba con afan, entre los escombros de los tiempos, por encontrar algun hecho reprehensible sí, pero que aislado, sin influencia ni resultados, y sobre todo reprendido ya, reprobado, reprimido con mano fuerte por la misma Iglesia, nada significa en el curso general de los sucesos. Apenas sabe uno cómo apellidar esta clase de crítica y de filosofia; á buen seguro que los conocimientos que pretendan condecorarse con el nombre de ciencia, y de filosofia de la historia, han de ser algo de mas puro, mas noble, mas elevado, mas grande.

El clero adquirió grandes riquezas, es verdad; pero ¿qué resulta de aquí contra el clero? La influencia é intervencion en todo género de negocios, la inteligencia en todas materias, la direccion en todos los ramos, la gratitud de las familias y de los pueblos, las proporcionan siempre, y en abundancia; y el clero tuvo por espacio de muchos siglos esa influencia é intervencion en todos los negocios, esa inteligencia en todas las materias, esa direccion en todos los ramos, en tal punto, que dejaba muy

atras á todas las demas clases: y cuando nadie pensaba en aliviar y consolar los infortunios de las familias y de los pueblos, él á fuerza de inestimables beneficios se grangeaba por todas partes la gratitud y el amor. ¿Es esto lo que dice la historia? sí ó no: si no es así, desmentidme; y si es así, declamad cuanto os pluguiere contra las grandes adquisiciones del clero; pero yo os responderé tranquilamente que borreis, si os es posible, las páginas de la historia; que trastroqueis el órden natural de las cosas; y si esto no es dable, os añadiré, que no es de verdaderos filósofos el deshacerse en invectivas contra una clase, por la culpa, por el horroroso crimen de haberse verificado con respecto á ella, las eternas leyes de la sociedad y de la naturaleza.

Siempre que se hallan encarados el vicio y la virtud, la ignorancia y el saber, la barbarie y la civilizacion, la grosería y la cultura, el desórden y el órden, el acaso y la prevision, prevalecen la virtud, el saber, la civilizacion, la cultura, el órden, la prevision; un trastorno, una violencia, un conjunto extraordinario de circunstancias, pueden presentar anomalías pasajeras; pero dejad obrar el tiempo, y vereis cómo al restablecerse la calma, en recobrando las cosas su nivel, las clases que se aventajan á las otras en calidades estimables, se encontrarán, mas ó menos tarde, con las riquezas, los honores y el mando en sus manos.

Tan natural es semejante curso de cosas, que á cada paso nos ofrece en confirmacion la historia

palpables ejemplos; y cabalmente los mismos tiempos en cuyo ecsámen nos estamos ocupando, nos presentan uno tan á propósito, que parece como cortado adrede para ser ajustado aquí con toda oportunidad. Sabido es que hubo una época, en que el clero secular, como á mas espuesto por su posicion y circunstancias que el clero regular, á la influencia del siglo en que vive, no alcanzó á preservarse del todo, de la ignorancia y corrupcion que tanto dominaban en aquellos calamitosos tiempos, viéndose muy sobrepujado en saber y en virtud por los monges y los clérigos regulares, ó canónigos: y ;cosa notable! las riquezas tomaron tambien la nueva direccion reclamada por la mudanza; los monasterios y los colegios de clérigos regulares se encontraron en abundancia, mientras el clero secular se halló en la escasez y penuria.

Esta afluencia de los honores, poder y riquezas hácia las manos de las clases mas distinguidas por su mérito, tiene tan natural origen en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, que á mi entender podria en esta materia asentarse una regla general, que sirviera de luz en las ciencias políticas, y que empleada con tino y mesura, podria servir provechosamente para aventurar conjeturas y pronósticos, con algunas probabilidades de acierto. Siempre que en una sociedad ecsista una clase muy numerosa, benemérita, y acreedora por lo mismo á consideracion y bienestar, á honores y riquezas, y se la vea desatendida y postergada, impidiéndole

las leyes, las instituciones, ú otra causa cualquiera, el levantarse hasta el puesto que le corresponde, el sosiego de la sociedad está en peligro: no importa que por de pronto no se note ningun síntoma de agitacion; las revueltas, tal vez la revolucion, no están lejos; la sociedad ha perdido su nivel, si una mano cuerda y previsora no se lo vuelve á tiempo, ella lo buscará por sí misma, y entonces serán necesarios los vaivenes y oleadas.

III.

Si las riquezas del clero adquiridas por medios tan naturales y legítimos, como se acaba de ver, no hubieran proporcionado beneficios á la sociedad, antes la hubiesen dañado, entonces habria razonable motivo para hablar contra ellas, no solo tachándolas de injustas, sino presentándolas como uno de aquellos males, que en las cosas humanas no siempre van separados de la naturalidad en el curso de los sucesos, y hasta de la legalidad. Acaece no pocas veces, que una combinacion fatal de circunstancias trae consigo una serie de sucesos, que por estar muy naturalmente encadenados, no dejan de ser funestos; y aun las mismas leyes, ó porque entrañen alguna porcion de injusticia, ó porque estén dictadas con poca prevision, ó porque

cambiadas las circunstancias, no le acomoden, cual deben, á otras necesidades ofrecidas por la innovadora mano del tiempo, no dejan á veces de acarrear gravísimos males, tanto mayores, y tanto mas sensibles y chocantes, por proceder del mismo instrumento destinado á labrar la felicidad pública: resultando de aquí, que una cosa puede tal vez ser muy natural, y ademas muy conforme á las leyes, sin ser por esto provechosa; antes acarreado inconvenientes, y aun males de considerable cuantía.

Si con respecto á las riquezas del clero se hubieran verificado tan funestas coincidencias, escucharía de buena gana al filósofo, que examinando con imparcialidad la materia, me dijese: "las riquezas del clero nacieron de causas muy naturales, se adquirieron por medios legítimos, contribuyendo á aumentarlas el gran bien que el clero hacia á la sociedad; pero de las mismas riquezas no reportó la sociedad beneficio; ellas fueron un verdadero mal." Pero ¿es esto así? ¿es esto lo que enseña la historia? No será de mas detenerse algun tanto en desentrañar esta cuestion; porque si bien se observa, lo que se ha reconocido como saludable para aquellos tiempos, es la influencia religiosa y moral del clero; pero la que se deriva de las riquezas es mirada con aversion, ó al menos con desvío: y es regular que á algunos lectores se les hará recio de creer que haya podido acarrear ningun provecho.

Toda vez que llevamos ya asentado, que el cle-

ro, como á ministro de la Religion cristiana, era con respecto á los pueblos lo que un padre respecto de un hijo, lo que un preceptor con relacion á su alumno, menester será confesar tambien, que todo cuanto ponía en sus manos los medios oportunos y suaves para que fueran escuchadas sus lecciones y consejos, respetada su autoridad, é imitados sus ejemplos, acarrea á la sociedad un beneficio inestimable. Y pregunto yo ahora ¿las riquezas, hasta en su abundancia, no eran á este fin, un medio muy á propósito, muy conducente, muy eficaz?

Si una clase ha de ejercer un influjo fuerte y duradero, ante todo es necesario que adquiera estabilidad é independencía. Sin estabilidad no alcanzará jamas consistencia y firmeza; sus relaciones serán escasas y débiles, sus miradas muy limitadas, sus funciones circunscritas á espacio breve, y estas sin calor, sin energía, sin resultados: poco segura de su propia ecsistencia, no podrá obrar sobre un sistema, ni desenvolver un plan, ni estender su vista al porvenir; planta ecsótica, que careciendo de arraigo no obtendrá nunca robustez, y el menor contratiempo será bastante para echarla por el suelo. Sin independencía, no podrá nunca una clase presentarse con aquel decoro y noble dignidad, que inspirando comedimiento y respeto, enfrenan la osadía, quebrantan el ímpetu del orgullo, ablandan la terquedad, y allanan el camino á la docilidad y á la deferencia. *Ni la estabilidad, ni la independencía se obtienen sin propiedad.*